EL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1

FIENSE USTEDES DE MAPAS!

Cuando comenzó la última insurrección separatista de Cuba, se dió en anunciar por ahí un mapa detallado de la gran Autilla en cuatro hojas grandes, en escala de 1 por 500.000, «formado con los datos que hay en el Depósito de la Guerra».

Más de una vez estuve tentado á comprarle para segnir por él las operaciones de la campaña; pero como me he llevado ya tantos chascos en esto de los mapas, temiendo que los datos del Depósito de la Guerra se parecieran algo á los que en años atrás solía tener el Instituto Geográfico, resistí siempre á la tentación, decidiendo no adquirir el mapa sin antes comprobar su exactitud de alguna manera.

La comprobación ya se ve que no era muy fácil. Compararle con otros mapas de Cuba nada resolvía, no estando los otros comprobados. El testimonio de personas conocedoras del país era difícil de hallar, pues aunque son muchos los españoles que han estado empleados en Cuba, los más de ellos sólo han residido en Holguín y sus alrededores, residencia agradable, donde se han dado traza de vivir también no pocos empleados de la Península sin necesidad de pasar el charco.

Había que buscar alguna forma de comprobación indirecta; y un día, recordando aquel conocido refrán de los cestos, dije para mí: «Si el Depósito de la Guerra ha hecho alguna vez un cesto bueno, y quien dice un cesto dice un mapa, lo mismo ha podido hacer ciento, y entre ellos el de la isla de Cuba, no faltándole, como no le faltan, ni el tiempo ni las mimbres.»

Inmediatamente después de esta reflexión, eché una ojeada al catálogo en que se anuncian otros mapas formados en el mismo Depósito de la Guerra, y compré uno de ellos, de tierra conocida, el «Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja». Me puse á examinarle y... valga la verdad: «Si el mapa de la isla de Cuba—me dije—es como éste, y desgraciadamente no hay motivos para suponer que sea mejor, lástima me da de los que le usen.»

Porque este «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja» tiene tantas y tan grandes inexactitudes, que resulta inútil del todo. Voy á apuntar algunas, no con ánimo de mortificar á nadie, sino con el buen deseo de que el Depósito de la Guerra las enmiende en una edición nueva.

La primera inexactitud de este mapa consiste en el nombre, si bien esta no es culpa únicamente del Depósito, sino de todo el Ministerio de la Guerra. Mas no por eso deja de ser grave inexactitud y error de bulto llamar distrito militar de Castilla la Vieja á un territorio formado por el antiguo reino de León casi exclusivamente, sin tener de Castilla más que la provincia de Ávila, una estrecha faja por la parte oriental de la de Valladolid y un rinconcito al extremo Sudeste de la de Palencia.

Y todavía parece más grosero este error si se considera que hay (ó había cuando se hizo el mapa, pues hoy tenemos división y nomenclatura nuevas) otro distrito militar con la capitalidad en Burgos, antigua capital de Castilla la Vieja, y formado por las provincias de Santander, Burgos, Logroño, Soria y Segovia, es decir, por todas las de Castilla la Vieja, menos Avila, y á este distrito no se le llama de Castilla la Vieja, sino de Burgos, ¡Cosa más estupenda!

Llamaran en el Ministerio de la Guerra distrito militar de Valladolid, sencillamente, al que tiene por capital la ciudad del Pisuerga, como llamaron de Burgos al otro, sin meterse en honduras de geografía histórica, y no habría nada que decir; pero adoptar nombres históricos y ponerlos cambiados es cosa que no pregona ni enaltece la ilustración de nuestros centros militares.

Aparte de la inexactitud del nombre, hay otras muchas y muy grandes en lo sustancial de la obra, como por ejemplo: la falta de pueblos importantes, y aun la despoblación absoluta de comarcas enteras que en realidad están pobladísimas, la ficción de otros pueblos que no existen, la omisión de caminos de todas clases muy conocidos y usados, el trazado de otros por donde no van ni fueron nunca, la alteración del curso de los ríos y de la situación de los pueblos, la consiguiente equivocación de las distancias, poniendo á veces el doble ó la mitad de la verdadera... defectos en verdad no muy tolerables en un mapa-itinerario.

Figúrese el lector que es militar, teniente, v. gr., de la guardia civil, ó capitán si se le antoja, pues como no ha de veuir á pedirme la paga, no tengo inconveniente en ascenderle; y figúrese además que, hallándose en Madrid, le destinan á Valladolid, donde no ha estado nunca.

Si ha visto los anuncios del Depósito de la Guerra, acude allí antes de emprender el viaje, á proveerse de un mapa-itinerario. Le dan este que llaman ellos de «Castilla la Vieja», le paga, une cuidadosamente con goma 6 con engrudo las dos hojas de que se compone, pues también está en escala grande, de 1 por 500.000, y armado ya de mapa, sale una noche para su destino, en el tren correo del Norte.

Al llegar á la estación de las Navas, donde, según le han dicho, comienza el territorio descrito en su mapa-itinerario, le desenrolla y, á la escasa luz del farol del departamento, se entera de que efectivamente está allí señalada la estación, y de que más adelante está la de Navalperal, á unos seis ó siete kilómetros.

El tren llega á ésta poco después; el capitán vuelve á mirar su mapa-itinerario y dice para sí muy satisfecho:—«Está bien... Navalperal... exactamente, con este mapa voy en grande... Ahora ya no pararemos hasta Avila».—Porque efectivamente, el mapa no señala más estaciones.

A los diez ó doce minutos el tren vuelve á parar, y el capitán dice para sí:—«¿Qué es esto?... ¿Otra estación?... Pues Avila no puede ser todavía, porque no hemos tenido tiempo de andar treinta kilómetros...»—En el instante oye vocear: ¡La Cañada, cinco minutos!

-dLa Cañada?-repite como asombrado. -Sí, la Cañada-le contesta un viajero algo erudito que va en el mismo departamento;-estamos en la estación de la Cañada, en el kilómetro 92 y en el punto más alto del puerto y de la vía del Norte. Cuando se construyó, y bastantes años después, era también éste el punto más alto en Europa por donde pasaba un ferrocarril, pues tiene el rail de esta estación una cota de 1.359 metros y 65 centímetros sobre el nivel del mar. Ahora hay ya varios ferrocarriles que pasan por mayores alturas.

Poco después el tren, que al salir de la Cañada ha pasado un túnel muy largo, vuelve á disminuir su velocidad, como si fuera á pararse.

-dAvila?-pregunta el capitán á su compañero de viaje, con quien lleva ya conversación tirada.

—No, señor; Navalgrande: una estación donde suelen parar los trenes mixtos. Este acorta la marcha para entrar en las agujas, pero creo que no pararemos del todo.

Pasa otro rato y hay otra parada, y el capitán vuelve á hacer á su compañero la misma pregunta:

-dAvila?...

-No, señor; Guimorcondo...

Un poco desilusionado el capitán con estos chascos (¿no es verdad, lector amable, que se va usted desilusionando un poco?), se queda callado en su rincón, cede á las suaves caricias del sueño, y no despierta hasta Medina del Campo.

Allí ya es de día. El tren sale de la estación, sube largo rato por unos desmontes, y, á los nueve kilómetros, aparece un pueblo á la izquierda, muy cerca de la vía.

El capitán, que ya se ha quedado solo, coge su mapa itinerario... mas como si no le cogiera, porque no tiene indicado aquel pueblo. En la estación se entera de que es Pozaldez, y sigue el tren su marcha.

Siete kilómetros más adelaute, parada nueva. Se asoma el capitán y ve otro pueblo, á la derecha de la vía, con una torre muy alta.—
¿A ver?...—Desenrolla el mapa itinerario, y... ¡nada! No hay tal pueblo. Pero vuelve á mirar al campo, y, en efecto, el pueblo está allí. Es Matapozuelos. Preguntando en la estación, queda de ello enterado el capitán; pero queda también desconfiado del mapa.

Ocho kilómetros más, y otra estación y otro pueblo: Valdestillas. Están indicados en el mapa el pueblo y la estación.

Al salir de ésta se pasa un río, el Adaja; también está indicado.

Comienza el capitán á reconciliarse con su guía, cuando á los cinco kilómetros le sorprende otra parada: allí hay otra estación y otro pueblo. El mapa no los indica, pero están allí indudablemente: el pueblo es Viana.

Echa á andar el tren después de breve detención y, apenas ha salido de las agujas, otra sorpresa más grande: el paso de otro río, que no está en el mapa tampoco...

—dSe habrá formado anoche este torrente?
—quiere sospechar el capitán, por no atreverse á creer que en el Depósito de la Guerra hayan padecido una distracción tan grave;—no, no puede ser—se contesta á sí mismo,—porque, en primer lugar, no ha llovido; y, además, no hubiera habido tiempo de poner corriente la vía.

Quiere todavía sospechar si el río habrá cambiado y traído por allí su corriente después de hecho el mapa; pero también tiene que desechar en seguida esta sospecha, porque el puente de piedra por donde pasa la vía, aunque es de forma moderna, tiene traza de ser muy anterior al mapa.

Aquel río es el Cega; y no está indicado en el mapa junto á la estación de Viana, por donde corre, porque los autores del mapa tuvieron la ignorancia ó el capricho de juntarle con el Duero mucho más arriba de donde realmente se junta.

Esto de suprimir pueblos y variar el curso de los ríos le parece ya demasiado á nuestro viajero, y deja con desdén el mapa itinerario medio enrollado sobre la redecilla del coche.

Lo cual no quita que al llegar al Duero reciba otra sorpresa pasando por un puente de noventa metros de luz, lo que él creía un brazo de mar, pues ha visto que el mapa señala á este río en toda su longitud la anchura de un kilómetro, como si por ser río principal hubiera de ser caudaloso desde que nace...

Por fin ha llegado el capitán á Valladolid, á su destino, y un día recibe orden de ir con dos parejas de su instituto á Tordehumos, donde en la noche anterior se ha cometido un robo á mano armada.

Lo primero que hace es tirar del mapa itinerario; pero inútilmente, porque no figura allí ese pueblo.

Le dicen dónde está: por bajo de Medina de Rioseco, en la carretera de Toro; y como afortunadamente alguno de los guardias sabe el camino, hace el viaje sin dificultad, y también sin mapa, visto que para el caso no le sirve.

Como tampoco le serviría si el robo se hubiera cometido en Urueña, ó en Bamba, ó en Torrelobatón, ó en Villanueva de los Caballeros, ó en Pozuelo de la Orden, ó en Cabreros, ó en Castromonte, ó en Valverde, ó en Fuensaldaña... porque ninguno de estos pueblos está indicado.

Otro día tiene que ir á Corcos, donde hay, por ejemplo, un poco de motín de obreros sin trabajo, y sin pan, que es lo peor, porque el temporal no permite cavar las viñas.

Le dicen que Corcos está al Norte de la capital y que tiene estación en el ferrocarril,

que está por cima de Cigales, por bajo de Trigueros... y se va á buscar en el mapa el pueblo y el camino para ir á caballo...

Pues nada; no encuentra ni camino, ni Corcos, ni Cigales, ni Trigueros, ni Cubillas, ni ningún otro pueblo cercano: todo aquel valle está desierto.

Pues figúrese ahora el lector benévolo y capitán que le destinan á León.

Sale de Valladolid muy de madrugada, en el tren correo del Noroeste, y lleva el mapa itinerario por lo que pueda valer; aunque, inspirándole ya muy poca confianza, apenas le abre en todo el camino.

Sólo al llegar á la estación de Santas-Martas, por no saber qué hacer, le da gana de mirarle, y ve que pone á la derecha de la vía el pueblo de Santas-Martas, que está á la izquierda. Al mismo tiempo ve que un poco más lejos, también á la derecha, en el antiguo «Camino francés», entre Reliegos y Mansilla, hay en el mapa otro pueblo llamado también Santas-Martas, y dice para su tricornio: «¡Hombre, qué profusión hay por aquí de Santas-Martas!»

Pero luego, al levantar la vista del mapa y fijarla en el terreno, ve entre Reliegos y Mansilla una dilatada llanura sin pueblo alguno; porque este segundo Santas-Martas no existe: ha sido inventado...

Hállase ya en León el capitán, y un día, el

29 de Septiembre, se le ordena ir con algunos números á la Virgen del Camino, donde hay romería y feria. Cae en la tentación de consultar el mapa itinerario, y... en lugar de salir hacia el Oeste, por la carretera de Astorga, donde, á unos seis kilómetros, está el santuario y poblado de la Virgen del Camino, que brilla por su ausencia en el mapa, sale hacia el Nordeste por Villa-Obispo y anda veintidós kilómetros hasta Barrio de Nuestra Señora, junto á Ambasaguas; porque los autores del mapa itinerario, en lugar de «Barrio de Nuestra Señora», han puesto allí «Nuestra Señora del Camino».

Y el hombre, al llegar, se encuentra con que allí no hay feria, ni romería, ni santuario, y tiene que desandar los veintidós kilómetros de mal camino y andar luego los otros seis, que con los cuarenta y cuatro andados en balde son cincuenta justos, para llegar ya tarde á la feria.

Algunas semanas después le mandan ir á sosegar un tumulto de mineros á Matallana, diciéndole que estas minas están al Norte de la ciudad, á unas cinco leguas, á la orilla izquierda del Torio.

Mira su mapa itinerario, y ve el río Torio correr por un desierto, pues desde la cordillera astúrica, en cuya vertiente meridional tiene origen, hasta las puertas de León, unas diez leguas, no hay indicado en su cuenca ni

un solo pueblo de los sesenta y uno que existen.

Tampoco hay indicado ningún camino de ninguna clase, ni una mala vereda; de suerte que la comunicación de los pueblos que realmente hay en aquel extenso valle, con la ciudad de León y con los limítrofes de Asturias, ha de hacerse en globo sin remedio.

Otro día recibe el capitán la orden de ir con veinte números á La Vecilla, cabeza de partido y de distrito electoral, á proteger un escrutinio dificultoso...

No se me negará la posibilidad ni la verosimilitud del caso...

Le dicen que aquel pueblo está á unas seis leguas al N.-NE... Aunque con bastante desconfianza, nacida de los chascos pasados, desenrolla su mapa itinerario y dice:

—Sí, aquí está el pueblo ese, La Vecilla, pero está en medio de un despoblado inmenso, sin que se vea camino ni vereda que llegue á él por ninguna parte. Por el poniente, á unos tres kilómetros, corre un río llamado... Curueño...

—No, mi capitán—le interrumpe un sargento que conoce el país,—el río no pasa por el poniente, sino por el saliente del pueblo, y no á tres kilómetros, ni á uno, sino lamiendo las casas, y en ese valle que ahí aparece despoblado hay unos treinta pueblos próximamente, y por la orilla derecha del río

arriba hay desde Barrio á La Vecilla camino de carro, que pasa por Santa Colomba, La Mata, Pardesivil, La Candana, y otro camino hay á La Vecilla desde Boñar, y otro desde Pardavé, y otro...

Oyendo lo cual el capitán se convence de que el Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja no sirve más que para hacer á la gente equivocarse.

Andando el tiempo, tiene que salir á visitar los puestos de Gradefes, Cistierna, Riaño y Almanza, reconociendo de paso los montes de Valdeón y Sajambre, donde ha habido cortas fraudulentas... y, es claro, ya no se acuerda de consultar el mapa ni se le ocurre llevarle consigo.

Hace su viaje por donde Dios le da á entender, ó por donde los guardias le conducen; y vuelto á la ciudad, después de haber recorrido el país, antójasele un día confrontar sus recuerdos y sus observaciones con el mapa itinerario.

Entonces se entera de que el mapa llama río Curueño al río Porma, entre Ambasaguas y Villarente, donde ha visto él varios pueblos que faltan en el mapa, pero que existen y denuncian el error, llamándose Santa Olaja de Porma, Santibáñez de Porma...

Se entera de que la fértil y hermosa ribera de Gradefes, que él vió tan poblada, está despoblada en el mapa en una extensión de cinco leguas, faltando todos los veinte pueblos que hay en ella desde Gradefes hasta Sabero, así como faltan los dos caminos reales que van por las dos márgenes del río Esla, desde Mansilla hasta el puente de Mercadillo (seis leguas), pasando el cual, el de la margen derecha se une con el otro; y como faltan radicalmente los diez pueblos de Valdellorma, cuyas aguas hace el mapa entrar en el Esla dos leguas más arriba de donde entran.

Se entera de que en el Mapa itinerario se marca entre Riaño y Pedrosa la distancia de dos kilómetros, aunque él está cierto de que anduvo cuatro; mientras de Pedrosa á Boca de Huérgano señala el mapa cinco kilómetros al Sudeste, y hay cuatro al Nordeste.

Y se entera de que de Portilla á Valdeón no hay camino en el mapa itinerario, si bien reconoce que no había para qué poner aquel camino que él anduvo á través del puerto de Pandetrave, faltando por entero los nueve pueblos de Valdeón que por él se comunican con sus vecinos de aquende...

Como faltan los cinco pueblos del valle de Sajambre, y como falta en este valle la indicación del nacimiento del río Sella y en Valdeón la del río Cares..., y en cambio está indicado en Valdeón el nacimiento del río Dobra, que si realmente naciera allí, para ir, como va, á Cangas de Onís, tendría que saltar por encima de los Picos de Europa. Se entera de que el río Araduey (ó Valderaduey, como dice el mapa, confundiendo el río con el valle) aparece naciendo en San Pedro, donde trae ya cinco leguas de curso, pues nace en término de Almanza, y por él corren las aguas de Río-Camba, que el mapa hace correr hacia el Cea, y las de todo el alto Valderaduey (donde están los pueblos de Renedo, Velilla, Villazanzo, Carbajal, Villavelasco), las cuales hace el mapa correr hacia la Cueza de Cervatos.

Se entera de que los pueblos de Calaveras de Abajo y de Arriba y San Pedro de Cansoles, que están sobre el río Calaveras, aparecen en el mapa tres ó cuatro kilómetros lejos del río.

Se entera de que pueblos como Lario y la Uña, que están á ocho y á doce kilómetros de la carretera de Sahagún á Ribadesella, aparecen en el mapa sobre la misma carretera ó á distancia de un kilómetro.

Se entera de que los trozos de esta carretera comprendidos en el valle de Sajambre, que se están construyendo ahora, aparecen en el mapa como construídos ya el año 1884 (fecha del mapa), cuando ni siquiera habían salido á subasta; y en cambio aparecen como en construcción los trozos próximos á Cangas de Onís, construídos hace treinta años.

De todas estas cosas se entera el capitán al volver á León, confrontando el mapa itinerario con sus notas de lápiz y con sus recuerdos.

Y si desde Sajambre hubiera bajado á dar una vuelta por Asturias, se enteraría de que también allí, como en León y como en Valladolid, el mapa itinerario presenta despobladas comarcas enteras; de que hay concejos populosos, como los de Caso y Aller, en los cuales no señala el mapa ni un solo pueblo, ni una mala senda; y de que, según el mapa, es imposible ir desde Cangas de Onís á Arenas de Cabrales, no sólo porque no hay camino, sino porque tampoco hay Arenas de Cabrales.

Y paro aquí, no porque se hayan acabado las inexactitudes y los defectos del mapa itinerario, sino precisamente porque no es posible señalarlos todos, ni aun escribiendo una docena de artículos.

Mas con lo dicho creo que bastará para que comprenda el lector que si el mapa detallado de la isla de Cuba «formado con los datos que hay en el Depósito de la Guerra» no es más exacto que éste, y si por aquél dirigen nuestros generales las operaciones y dirigen sus marchas los jefes de las columnas, no es extraño que no logren encontrar á los insurrectos, ni que se les escabullan cuando ereen tenerlos cercados.

Y también me parece que bastará con lo dicho para que en el Depósito de la Guerra comprendan la necesidad de retirar de la circulación este Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja, sustituyéndole con otro si les place, pero cuidando en tal caso de que ese otro sea bueno.

Porque tratándose de mapas, tiene perfecta aplicación aquello que se dijo de las castañuelas: de tocarlas, hay que tocarlas bien; y de no tocarlas bien, mejor es no tocarlas.

Es decir, que mejor que tener un mapa malo es no tener ninguno.

LOS MAPAS MILITARES

(Para rectificar.)

El Exemo. Sr. Ministro de la Guerra, general Azcárraga, contestando al diputado señor Llorens, que le llamaba la atención sobre los malos mapas que se fabrican y se expenden en el Ministerio de su cargo, dijo en el Congreso, en la sesión de anteayer, según reza el Extracto Oficial, estas palabras:

«Al Sr. Llorens le han hablado de unos mapas que datan de hace cuarenta años, y que por circunstancias extraordinarias, que quizás su señoría conozca, hubo empeño en que se ultimaran rápidamente. Ya había yo leído algo de lo dicho por su señoría, en un periódico, hará cosa de un mes; pero el Sr. Llorens ha exagerado, porque hay mapas de muchas provincias que están perfectamente hechos. Otros se resienten de la premura con que se hicieron; y el Depósito de la Guerra, que tiene

una gran autoridad en estas materias, como su señoría ha reconocido, está trabajando con mucho interés y con la calma necesaria, para terminar un buen mapa itinerario de España,»

(Congreso. Extracto Oficial, número 43.— Viernes 3 de Julio de 1896.—Págs. 36 y 37.)

Como quiera que el Sr. Llorens, al hablar contra los mapas del Depósito de la Guerra, se refería á la crítica que yo hice de uno de ellos, y citaba mi nombre, y en mis afirmaciones fundaba sus censuras, mi primer impulso al leer esta contestación del ministro fué pedir prestada el acta de diputado á cualquiera de los muchos sietemesinos y rurales que conozco, á quienes para nada les sirve, y acudir á la sesión siguiente á rectificar de palabra las equivocaciones de D. Marcelo.

Pero hube de desistir de este propósito, porque en seguida caí en la cuenta de que este procedimiento no era posible; pues por una de esas rarezas inexplicables, nuestro sistema parlamentario, en el cual es cosa corriente, jay! tan corriente, la sustitución de los electores, no admite la sustitución de los elegidos.

Comprendida la necesidad de rectificar en un periódico, voy á hacerlo breve y sencillamente, comenzando por aquello de los cuarenta años. Si yo fuera amigo del general Azcárraga, le diría: ¡Quite usted jierro, don Marcelo!... Porque, efectivamente, el general se corrió un poquito.

El mapa que yo censuré en el artículo á que aludía mi querido amigo el Sr. Llorens, lleva este rótulo: Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja, publicado por el Depósito de la Guerra, 1884. Y me parece que desde 1884 á 1896 no van cuarenta años, ni con mucho.

A no ser que los generales usen una cronología especial... Mas por la que usamos los particulares, de 1884 á 1896 no van más que doce años, algo menos de la tercera parte de los que echó el general Azcárraga.

Por supuesto, que si los mapas malos que se venden en el Depósito de la Guerra dataran de hace cuarenta años, como dijo el general, el pecado del Depósito de la Guerra no era menor por eso, sino más grande. Porque tener á la venta un mapa malo cuarenta años seguidos, sin conocer ni enmendar sus defectos, es mucho mayor pecado que tenerle doce años solamente. Por aquí, pues, la defensa del señor ministro, aun prescindiendo de la inexactitud, resulta fallida.

Su excelencia lo debió de conocer, y tal vez por eso, viendo la ineficacia del primer cañonazo, disparó el segundo, diciendo que aquellos mapas, upor circunstancias especiales, hubo empeño en que se ultimaran rápidamenten. Y tampoco esto vale, porque hasta ahora no ha servido nunca para disculpar una obra mala el decir que se hizo de prisa. Haberla hecho despacio, es lo que contestará cualquiera, 6 no haberla hecho.

Sin embargo, el señor ministro se encariño tanto con esta disculpa, que, á falta de otra, la repite un poco más adelante, cuando, después de afirmar que en el Depósito de la Guerra hay mapas de muchas provincias que están perfectamente (bueno fuera verlos), añadía: «Otros se resienten de la premura con que se hicieron».

Bueno; pues repito yo también que esta disculpa no vale, y vamos á otra.

Dice el Sr. Azcárraga: «Pero el Sr. Llorens ha exagerado». Eso no por cierto; eso no. Crea D. Marcelo que el Sr. Llorens no ha exagerado; se ha quedado corto. El Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja, que se vende, é que hasta hace pocos meses se vendía, en el Depósito de la Guerra, y que no es de Castilla la Vieja, sino de León, ni tampoco es mapa itinerario, si mapa itinerario quiere decir mapa con caminos, porque no los tiene, es todo lo defectuoso, todo lo malo que el Sr. Llorens con referencia á mi crítica dijo, y más todavía.

La falta de muchos pueblos importantes, y aun la despoblación absoluta de comarcas enteras, que en realidad están pobladísimas; la ficción de otros pueblos que no existen; la omisión de caminos de todas clases muy conocidos y usados; el trazado de otros por donde no van ni han ido nunca; la alteración del curso de los ríos y de la situación de los pueblos, y la consiguiente equivocación de las distancias, no son defectos que hayamos inventado ni exagerado el Sr. Llorens y yo, sino que están patentes en el Mapa itinerario con crudeza terrible.

Allí está el río Cega juntándose con el Duero mucho más arriba de donde en realidad se junta, por lo cual no le cruza en el mapa el ferrocarrril del Norte por el puente de Viana, como le cruza en el terreno.

Allí está la falta de Pozaldez, Matapozuelos y Viana, pueblos con estaciones; la falta de Tordehumos, Ureña, Valverde, Bamba, San Pedro de la Tarce, Fuensaldaña, Corcos, Cigales... y otros muchos pueblos de la provincia de Valladolid.

Allí, cerca de León, están dos pueblos con el nombre de Santas Martas, no habiendo más que uno. Allí está, á seis kilómetros al Oeste de León, en la carretera de Astorga, la falta del santuario y poblado de Nuestra Señora del Camino, que aparece en cambio donde no está, á veintidós kilómetros al Nordeste, donde está en realidad el Barrio de Nuestra Señora.

Allí está La Vecilla, cabeza de partido judicial, en un desierto, sin camino ni vereda por donde ir allá desde ninguna parte, y á la izquierda del Curueño, debiendo estar á la derecha.

Allí está la cuenca del río Torio sin ninguno, absolutamente ninguno de los sesenta y un pueblos que hay en ella y sin ningún camino, ni otro signo de estar poblada, sino el río solo, corriendo como por un desierto...

Allí está la ribera de Gradefes despoblada en una extensión de cinco leguas, sin ninguno de los 20 pueblos que hay á los dos lados del río Esla, desde Gradefes hasta Sabero...

Nada de esto es exageración del señer Llorens ni mía. Nada de esto puede dudar el ministro de la Guerra, porque entre amigos, como suele decirse, y aun entre los que no lo sean, con verlo basta.

En cuanto á lo dicho por el Sr. Azcárraga de que el Depósito de la Guerra tiene una gran autoridad en estas materias... desengáñese D. Marcelo: en estas materias, como en casi todas las demás, obras son amores; y sin obras no hay autoridades que valgan.

Para concluir, el señor ministro nos dió la noticia de que «el Depósito de la Guerra está trabajando con mucho interés, y con la calma necesaria (¡Dios se la conserve!), para terminar un buen mapa itinerario de Espa-

ña» (1). Me alegro mucho. Y prometo comprarle en cuanto se publique y examinarle... y zurrarle si lo merece.

Venga pronto ese mapa.

⁽¹⁾ A pesar de haber trascurrido ya nueve años desde el anuncio-promesa de D. Marcelo, el «buen mapa itinerario de España» todavía no ha parecido. Verdad es que ya cuidó el general de advertir que la obra se llevaba con calma.